



Tras esta barrera reina el «American way of life».

LOS GORILAS DEL SOUTHERN COMMAND

Los panameños lo llaman el muro de la vergüenza. Es la gran alambrada que separa el universo sudamericano de la «zona del canal», colocada bajo jurisdicción americana. Tras esa barrera reina el «American way of life». Enormes edificios dan cobijo a los servicios de un organismo que hace temblar hoy a Latinoamérica: el Southern Command. Su última victoria, Chile.

El Southern Command es al mismo tiempo una central de información, una Universidad militar pluridisciplinar y una base operativa. En la escuela antiguerrillas, miles de oficiales y suboficiales latinoamericanos se entrenan en la guerra antisubversiva. Los oficiales reciben una formación técnica completa en las diversas escuelas militares existentes en la zona del canal: escuela de transmisiones, escuela de Estado Mayor, escuela de aviación. Edificios subterráneos, locales, excavados en la misma roca, albergan el centro nervioso de un sistema de comunicaciones que cubre todo el continente.

«Somos patriotas»

Aquí, los responsables americanos están en contacto continuo, bien por teléfono, bien por teletipo, con sus corresponsales destacados en todas las capitales sudamericanas, donde desempeñan un papel más importante que el de los embajadores americanos «oficiales». A la red de telecomunicaciones se superpone una red aérea. Para trasladarse a Río, Santiago o Montevideo, los agentes civiles y los «alumnos» militares del Southern Command disponen de sus propios aviones, de aeropuertos propios. La creación de este centro data de los primeros años de la década de los sesenta. Obedece a una nueva estrategia, decidida por Washington tras el fracaso de la Alianza para el Progreso. Este programa, lanzado por Kennedy y destinado en principio a ayudar a aquellos países deseosos de llevar a cabo reformas sociales y agrarias, se derrumbó ante la resistencia de las castas dirigentes latinoamericanas. Para impedir el progreso de la «subversión» castrista, los americanos optaron por jugar la carta de los militares.

En las escuelas de Panamá ha nacido un mito: el de la «solidaridad» de los soldados sudamericanos. La acción psicológica ha dado sus frutos. Tema: «Tenemos las mismas preocupaciones, somos patriotas, queremos reformas y nos enfrentamos a un mismo enemigo común: el comunismo». Entre los oficiales y suboficiales católicos de los Ejércitos latinoamericanos, procedentes en su gran mayoría de las clases medias, esas fórmulas simplistas bastaban la mayoría de las veces para cimentar una conciencia política elemental. Treinta y cinco mil de entre ellos prestaron oídos a las consignas emanadas del Southern Command; constituyen la oficialidad de los Ejércitos que han tomado el poder en Brasil, en Bolivia, en Uruguay, en Chile. Y la «solidaridad» de los gorilas no es una palabra huera.

Los brasileños han brindado a los militares uruguayos una ayuda eficaz en su lucha contra los tupamaros. En Bolivia, su «especialistas» participaron activamente en la «normalización» emprendida por Banzer. Hoy le toca el turno a Chile. Los gorilas bolivianos, brasileños y uruguayos están en Santiago, Valparaíso, en Concepción. En los estadios, los campos y las cárceles, interrogan, torturan y matan, de acuerdo con métodos totalmente experimentados que aprendieron en las escuelas del Southern Command. ■ F. S.

Los Contemporáneos

CANCION DE OTOÑO

«Guárdate de los idus de marzo», dijo el vidente a Julio César. «Guárdate de la calenda de enero», dice la sombra que, por las noches, agita su peplo en el lóbrego pasillo de mi casa. En la calenda de enero subirán los precios. ¿Cuáles?

«Todooooo...», dice la sombra. Nos apuñalarán los precios de la gasolina, de los colegios, tal vez el de los más invisibles fluidos —la electricidad, el gas—, quién sabe si el del tabaco, y ya se sabe que —«Tu quoque, Brutus?»— el de los libros. El decreto por el que se contenían los precios hasta el 31 de diciembre se ha interpretado muy a la española: es un decreto que autoriza la subida de los precios a partir del 1 de enero. Están esperando, agazapados, la fecha del oráculo para saltar sobre nosotros. (Vivimos en el país de las interpretaciones y las exégesis. Cualquiera frasecilla hace carrera, se infla, antes de disolverse en la nada.)

Los culpables son, como siempre, gentes pintorescas y lejanas. Un jeque de los emiratos del golfo, con su cofia blanca, decide subir el precio del tristísimo petróleo; un leñador canadiense, con su camisa a cuadros, o quizá finlandés, con su gorro de lana, quiere más dinero por su madera, se defiende la traidora ecología para que los alegres ríos no vayan a quedar atorados por los subproductos de las fábricas de celulosa, y así sube el papel que, además, se está acabando. Desde muy niño tengo la sensación de que siempre pasa algo muy lejos, más allá de mi alcance y de mi acción, para que yo pague más por lo que necesito; más allá del alcance de las personas que me rigen y me dirigen. Es el «Doux ex machina». Todos tenemos hoy la sensación de que todo está sucediendo lejos, en Bruselas o en Irak, en Washington o en Moscú, y de que el final de la cadena somos nosotros. Es decir, los que no somos. Tengo una lejanía de recuerdos de decretos, de ordenanzas o leyes, impidiendo la subida de los precios, y una simultaneidad de recuerdos de precios que no cesan de subir. Metido en la desesperación tranquila, del latinismo, creo recordar que fue Diocleciano el primero que emitió una disposición prohibiendo las su-

bidias de los precios. ¿Cuántos sextercios nos habrá subido todo desde entonces!

Jóvenes economistas que a veces frecuento en algún lugar nocturno —donde beben para olvidar a Leontiev— me hablan, impávidos, de la estag-

flación. Me dicen que es un fenómeno europeo, incluso mundial. Querían estar incluidos en Europa: y ya lo estamos por ese costado doloroso. Yo les pregunto por otros fenómenos europeos que me interesan —me interesaron, me interesaban...— algo más que éste y que pienso que podrían venir más en mi favor. Tampoco ellos los han visto pasar por aquí. Hay, sin duda, una frontera altamente selectiva, que permite cribar los fenómenos que pueden entrar desde Europa, los que no pueden entrar. Me inquieta pensar que no entran nunca mis propios fenómenos, los fenómenos amigos. Me inquieta por mí. No entiendo bien esta selectividad inversa y me pregunto si no será un fantasma más del lóbrego pasillo. Un fruto de la paranoia. Pero, ¿por qué sólo han dejado pasar la paranoia, la neurastenia, la estagflación...?

¿Y si se acaba, de verdad, el papel? Quien sabe si sólo se acabará para mí... Quien sabe si soy yo sólo el que tiene que dejar de escribir y de hacer mi grata visita al cajero los días 5 de cada mes. Esas cosas pasan a veces...

Por la mañana, corro al hombre gordo de la esquina para comprar los periódicos. Voy con el temor de que me diga: «¿Qué periódicos? ¿No sabe usted que ya se ha acabado, para siempre, el papel?». No, aún no se ha acabado. Abro los periódicos en la calle. Veo noticias de precios que van a aumentar, leo la entrada de nuevos fenómenos europeos, pero no encuentro la llegada de los míos. Veo los augurios para la calenda de enero... Mientras, las doradas hojas de las acacias urbanas revolotean con el fino viento que baja de los neveros de la sierra. «Les violons sanglotants de l'automne...» ¡Pobre Verlaine, pauvre Lelian! Sin duda, el día que escribió aquel poema había leído en el periódico que iban a subir los precios del ajonjolí. O se lo había dicho, al oído, en una de sus confidencias, su amigo Rimbaud. ■

POZUELO